

BARRE EL PISO

Finalmente, estaba allí. Después de viajar centenares de kilómetros desde su hogar llevando solo un pequeño atado de ropa, Booker T. Washington estaba de pie, frente al gran edificio de ladrillo de tres pisos de altura.

Había soñado con el día en que pudiera aumentar su educación, y ahora, en el otoño de 1872, había llegado hasta el Instituto Hampton. Booker entró en el edificio, y buscó a la profesora encargada.

-Estoy aquí para asistir al colegio -le dijo, pero no la impresionó.

Después de todo, habían pasado varios días ya desde que Booker se diera un baño o cambiado la ropa (desde que había salido de su casa), y apenas había comido. La mujer continuó aceptando a otros alumnos, mientras Booker esperaba. Finalmente, después de varias horas, miró a Booker, quizás un poco sorprendida de que todavía estuviera allí.

-La sala de clases de al lado necesita que alguien la barra -dijo-. Toma la escoba y bórrela.

El muchacho se puso a trabajar inmediatamente. Barrió el aula, no una sino tres veces. Y no se detuvo allí, tampoco. Buscó un trapo y quitó el polvo a todo el enmaderado, a las mesas y a las sillas; de hecho, lo repitió cuatro veces, para asegurarse de que no quedara absolutamente nada de polvo. Luego, movió cada mueble, para poder limpiar debajo de ellos. Después, limpió el armario y las paredes.

Cuando terminó, había limpiado meticulosamente toda la sala. Cuando Booker se presentó delante de la profesora principal, ella entró en la sala e inspeccionó el piso. Luego, revisó los muebles, los armarios y las paredes. Cuando encontró todo inmaculado, le dijo a Booker:

-Creo que podrás ingresar en esta institución. Y así fue como Booker T. Washington, quien más tarde llegó a ser educador y un importante líder del país, ingresó en el Instituto Hampton. Él había seguido el consejo de Eclesiastés: "Y todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño..."

Lecturas Devocionales para Menores 2013

En algún lugar del mundo

Por Helen Lee Robinson

BARRERA DE DELFINES

-Vayamos a nadar -sugirió Roberto.

Sus compañeros guardavidas no necesitaron de mucho convencimiento. Pronto, estaban salpicando agua a unos cien metros de la playa.

-¡Miren! ¡Un delfín! -señaló alguien.

Pronto, un grupo de delfines comenzó a nadar en círculos cerrados alrededor de ellos. Los delfines se acercaron cada vez más, como para asegurarse de que los cuatro nadadores estaban seguros, en el centro del círculo.

¿Qué están tratando de hacer? -dijo Roberto en voz alta, mientras intentaba alejarse del grupo. Pero, dos de los delfines más grandes rápidamente vinieron, y lo llevaron nuevamente al centro.

-Qué raro -murmuró Roberto- ¿Por qué estarán actuando de manera tan enérgica?

En ese momento, vio algo que hizo que su corazón comenzara a latir con más fuerza.

-¡Tiburón!-gritó.

Los otros guardavidas miraron hacia donde él señalaba. A unos dos metros, vieron un tiburón blanco de unos tres metros de largo, nadando hacia ellos. Los delfines cerraron más el círculo, empujando a los humanos hacia el centro y formando un círculo cerrado alrededor de ellos, hasta que el tiburón, finalmente, se dio vuelta y se alejó, nadando hacia el océano.

Los guardavidas tuvieron una barrera protectora: un grupo de delfines. El profeta Elíseo tuvo una barrera aún mejor. Un ejército los había rodeado durante la noche, y cuando el siervo de Eliseo vio a los soldados enemigos se alarmó. “-No tengas miedo -respondió Elíseo-. Los que están con nosotros son más que ellos. Entonces Eliseo oró: ‘Señor, ábrele a Guiezi los ojos para que vea’. El Señor así lo hizo, y el criado vio que la colina estaba llena de caballos y de carros de fuego alrededor de Eliseo”. El Señor había enviado un ejército de ángeles para rodearlos y mantenerlos a salvo. Y Dios hará lo mismo por nosotros. ¡Sus ángeles están cuidándonos a ti y a mí! Recuerda: “Los que están con nosotros son más que ellos”.

Por Helen Lee Robinson

“BENDICE ESTOS ALIMENTOS”

¿Has sentido vergüenza alguna vez de orar en público? Por ejemplo, ¿Alguna vez estuviste en un restaurante lleno de gente, y te sentiste incomodo por inclinar la cabeza y orar? Si te paso esto, no estás solo. Así era como Carlos se sentía a veces. Pero, una noche paso algo que cambio todo eso.

Carlos y su amigo Federico estaban en California, en un viaje de negocios, y decidieron ir a comer algo a una pequeña confitería. Mientras esperaban que les trajeran la comida, oraron por lo que estaban por comer. Cuando abrieron los ojos, la moza estaba esperándolos, con los platos de comida en la mano.

-¿Estaban orando? -les pregunto en voz alta.

Las otras personas que estaban en el salón se dieron vuelta, para ver qué pasaba. La mujer les dijo que nunca había visto a alguien orando en esa confitería. Se quedó hablando con ellos un rato, y luego exclamo:

-Yo también soy cristiana...

Bueno, lo era. Luego, les explico que ella había aceptado a Jesús como su Salvador cuando era adolescente, pero que, con los años, había perdido interés.

-Pero.¿Saben qué? -les dijo-. Cuando vi que estaban orando, me sentí extrañamente emocionada.

Más tarde, esa misma semana, vio nuevamente a los dos hombres. Les conto, entonces, que había comenzado a asistir a un grupo de estudio de la Biblia y que estaba planificando asistir a la iglesia, también.

No tienes que sentir vergüenza porque otros te vean orar antes de comer. No hay nada de malo en agradecer a Dios por el alimento que él ha provisto y pedirle que lo bendiga. Jesús lo hizo. “Mientras comían, Jesús tomo pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a ellos...” La próxima vez que te sientas un poco incómodo, recuerda esta historia y agradece a Dios.

Narrado por: Keii Johnson

BIBLIAS ESCONDIDAS

Parte 1

A Linh, la pequeña de diez años, le gustaba mucho leer la palabra de Dios, pero, en su país, la gente no tenía libertad para adorar a Dios. Por esta razón, la familia de Linh mantenía la Biblia escondidas en su casa.

El papá de Linh era pastor de una iglesia subterránea; un grupo de cristianos que se reunían secretamente para adorar a Dios. Un día, la policía entró por la fuerza en su hogar. La niña podía oírlos, en la habitación de al lado, interrogando a su mamá y a su papá.

- ¿Dónde están las Biblias? – Exigían.

Linh sabía que pronto comenzarían a revisar la casa. “Tengo que hacer algo”, pensó. “No puedo dejar que se lleven todas nuestras Biblias”.

Yendo rápidamente hasta uno de los escondites, Linh sacó una Biblia y la metió en su mochila. Luego, tomó otra y otra, llenando su mochila con todas las Biblias que pudo poner dentro.

Cuando estaba cerrando su mochila, uno de los policías entró en su habitación. Linh se quedó muy quieta, esperando que el oficial la dejara tranquila. “Señor, por favor, guarda estas Biblias”. Oró. El corazón le comenzó a latir más rápidamente cuando el hombre recorrió la habitación con su mirada y sus ojos se detuvieron en la mochila.

- ¿Qué hay en la mochila? – Preguntó.

Linh vaciló. ¿Qué podía decirle? Entonces, se le ocurrió una idea.

- Hay... hay libros para niños – respondió.

El hombre la miró inquisitivamente, y luego la dejó ir. Linh soltó un suspiro de alivio, mientras se alejaba. Las Biblias estaban a salvo. Y su familia y sus amigos continuaron leyendo la Palabra de Dios y aprendiendo más acerca de él.

Parte 2

Los policías revisaron la casa, buscando Biblias ilegales. Y, aunque Linh logró salvar algunas escondiéndolas en su mochila, los oficiales encontraron otras, ocultas por la casa. Arrestaron al papá, y se lo llevaron a la cárcel. Linh oraba por él todos los días. “Señor, está, por favor, con mi papá. Y sigue usándolo para que comunique tu amor a otros”.

Durante una de las visitas a la cárcel, su familia logró entregar una lapicera, de contrabando, a su papá. Ahora, con la lapicera, él podía escribir versículos bíblicos que sabía de memoria. El único papel que pudo encontrar fue papel para cigarrillos, así que eso fue lo que usó. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...”, escribió.

El papá de Linh quería compartir el versículo con otras personas, así que tan pronto como pudo le pasó el papelito a otro prisionero.

-Aquí hay un mensaje de Dios -le susurró.

El prisionero leyó la nota, y luego se la pasó a otro prisionero. El papá de Linh continuó escribiendo versículos bíblicos, y sus “sermones cigarrillos” se pasaban de celda en celda. Eso daba esperanza a los prisioneros, y muchos llegaron a conocer acerca de Dios y de su amor. Dios respondió las oraciones de Linh; él usó al papá de Linh para llegar a otros, aun en prisión.

El apóstol Pablo también compartió la Palabra de Dios mientras estaba prisionero, en Roma; de hecho, escribió muchos de los libros del Nuevo Testamento estando en prisión. Y esto es lo que escribió:

“Este es mi evangelio, por el que sufro al extremo de llevar cadenas como un criminal. Pero la palabra de Dios no está encadenada”.

Dios puede obrar, en los momentos más difíciles, a través de personas que quieren servirlo. Su Palabra no puede ser encadenada.

Por Helen Lee Robinson

BIEN COMPRENSIBLE

Después de la batalla de Gettysburgo, entré en la habitación de mi hijo, un joven oficial que yacía herido y se encontraba al borde de la muerte. Al llegar yo, despertó de su letargo, y haciéndome señas para que me aproximara a su lecho, puso sus brazos en derredor de mi cuello.

-Padre mío, cuánto me alegro de verte aquí. Temía que no llegaras a tiempo. Estoy muy débil para poder hablar, ¡pero tengo tanto que decirte! ¿Qué noticias me traes de mi buena madre y de mi hermana?

Los que vivían en esa casa me informaron entonces que no había más esperanza de salvarlo. Atormentado por la incertidumbre me dirigí al doctor.

-¿Qué me dice del estado de mi hijo, doctor?

-Es un caso perdido. Ya no hay manera de salvarlo. Se ha hecho todo lo que la ciencia y el cuidado humano pueden hacer. Su hijo fue un soldado valeroso que se granjeó la estima del ejército y de todos los que lo conocen, pero ahora está a las puertas de la muerte. Después de la amputación de uno de sus miembros se declaró la gangrena, que ha resistido a todos los medios empleados para combatirla.

-¿Cuánto tiempo cree Ud. que puede vivir todavía?

-Cuatro días a lo sumo, pero la muerte puede sobrevenir de un instante a otro, pues existe peligro de la ruptura de alguna arteria, que tendría consecuencias fatales. Si piensa hacer algo por él, debe hacerlo ahora.

-¿Sabe mi hijo la verdad acerca de su estado?

-No, señor. Pensábamos que debíamos dejarle a Ud. tan penosa responsabilidad, pues lo esperábamos de un momento a otro.

Volviendo a entrar en la pieza con la dolorosa noticia, que me laceraba el alma, los ojos de mi hijo se fijaron en mí.

-Siéntate aquí cerca de mí, padre mío; ¿conversaste con el doctor sobre mi condición?

-Sí.

-¿Qué dice él? ¿Piensa que me restableceré?

Siguieron algunos momentos de angustioso silencio.

-No temas contarme lo que te reveló.

-El me dijo que vas a morir.

-¿Y cuánto tiempo juzga que puedo vivir?

-Cuatro días como máximo, pero advirtió, sin embargo, que la muerte puede sobrevenir en cualquier momento, pues existe el peligro de la ruptura de alguna arteria, cosa que no resistirías.

Haciendo entonces un esfuerzo, dijo:

-¿Será eso cierto, padre mío? ¿Habré de morir? ¡Oh, no es posible, no puedo morir, no estoy preparado para la muerte! Dime cómo debo prepararme para poder afrontarla; pero dímelo de manera que pueda comprenderlo. Dímelo en pocas palabras para que pueda verlo claramente. Sé que lo sabes, porque ya se lo dijiste a otros. El momento no era para lágrimas, sino que exigía calma y lucidez a fin de conducir un alma a Cristo: ambas cosas las tuvo el padre.

-Veo, hijo mío, que temes la muerte.

-Sí, la temo, padre mío.

-Debo suponer, por lo tanto, que te sientes culpable.

-Ciertamente, fui un joven de vida liviana. Tú sabes cómo es la vida en el ejército.

-Deseas obtener el perdón de Dios, ¿verdad?

-Oh, sí, es lo que anhelo; ¿puedo obtenerlo ahora, padre mío?

-Sin duda.

-¿Puedo tener la seguridad del perdón antes de morir?

-Sí. .

-Entonces dime de qué manera, pero dímelo claramente para que pueda comprenderlo.

Súbitamente me acudió a la memoria un hecho del tiempo en que mi hijo iba a la escuela. Ya casi lo había olvidado. Ahora, sin embargo, se me presentó nítidamente a la, memoria, proporcionándome justamente lo que necesitaba para guiar el corazón angustiado de mi hijo a su único Salvador.

-¿Te acuerdas de cierta ocasión cuando tras reprenderte por una mala acción te enojastes hasta el punto de dirigirme algunas palabras duras?

-Sí, padre mío, hace pocos días, cuando esperaba aquí tu llegada, recordé ese hecho, y me entristecí mucho y deseé que hubieras estado aquí para pedirte perdón una vez más.

-Recuerdas cómo, después de pasado aquel primer acceso, volviste a mí arrepentido y, arrojándote a mi cuello dijiste: "Padre mío, siento mucho haberte ofendido. No fue tu hijo el que hizo eso; sucedió en un momento de arrebató. ¿Quieres perdonar mi ofensa?"

-Lo recuerdo muy bien.

-¿Te acuerdas también de lo que te dije cuando estabas llorando en mis brazos?

-Sí, tú me contestaste: "Hijo mío, te perdono de todo corazón", y me besaste. Nunca voy a olvidar aquellas palabras.

-¿Las creíste?

-Sí, nunca las puse en duda.

-¿Te sentiste feliz entonces?

-¡Oh, muy feliz! y desde entonces te amé más. No puedo olvidar la satisfacción que experimenté cuando, mirándome con ternura, me dijiste: "Te perdono de todo corazón".

-Pues, bien, hijo mío, ése es exactamente el modo en que debes ir a Jesús. Confiésale el pesar que sientes por los pecados cometidos, como me lo confesaste a mí aquella vez, y él te perdonará mil veces más rápidamente de lo que lo hizo el amor de un padre. El dice que lo hará; debes creer, pues, su palabra como creíste la mía.

-¿Es ésta la manera en que la gente llega a ser cristiana, padre mío?

-No conozco otra.

-¡Oh, comprendo; y cuánto me alegro de que hayas venido para enseñármela!

Dio vuelta entonces la cabeza en la almohada como para descansar. Yo, sin embargo, no pudiendo dominarme más, me dejé caer en una silla y comencé a llorar. Mi parte estaba hecha, confiaba el resto al Señor, y, como luego pude observar, él no dejó de cumplir también la suya. El corazón contrito había confesado y oído de él las palabras anheladas: "Tus pecados te son perdonados"; y las creyó. Algunos momentos solamente y el nuevo nacimiento se había producido; el corazón atribulado había hecho una breve oración, y, habiendo creído en las palabras del Señor, había experimentado su poder regenerador. Un alma había pasado de las tinieblas a la luz admirable y del poder del pecado y del diablo a Dios. Luego sentí que una mano trémula me tocaba y una voz profería la palabra "padre" en tono tan lleno de dulzura, que tuve la seguridad de que el cambio se había producido.

-Padre querido, no llores. Estoy feliz, Jesús me perdonó. Sé que él lo hizo porque su Palabra lo dice y yo lo creo. No temo más la muerte. Con todo, si Dios quisiera concederme la vida, desearía vivir para poder cuidar de ti y de mi querida madre, pero si debo morir, no tengo ningún temor, porque Jesús me perdonó. Y ahora, padre mío, te pido que ores conmigo.

Oramos juntos, y nuestra oración fue contestada.

-Padre mío, estoy muy feliz. Ahora creo que he de restablecerme, y ya me siento mejor.

A partir de ese instante, cambiaron todos los síntomas, el ritmo cardíaco disminuyó y su apariencia revelaba una mejoría.

Después entró el médico, y al encontrarlo alegre y feliz, lo miró, le tomó el pulso y dijo:

-Está mejor,

-Estoy mejor, doctor, y voy a sanar. Dios escuchó mi oración.

Por la noche, tres cirujanos se reunieron en consulta, y el caso fue juzgado completamente perdido. Uno de ellos se despidió de mi hijo sin manifestar ninguna esperanza de volver a verlo con vida.

Por la mañana siguiente, los otros dos médicos volvieron como de costumbre para tratarle la herida. Al sacar las vendas, sin embargo, quedaron espantados, y exclamaron:

-¡Oh, Dios! ¡Qué milagro es éste! La gangrena desapareció; su hijo vivirá; Dios contestó sus oraciones.

-Sí, doctor -respondió mi hijo-, ya le dije ayer que creía que iba a sanar, porque le expresé al Señor mi deseo de vivir para realizar algún bien. Sabía que había contestado mis oraciones, y ahora Uds. pueden convencerse de ello.

¡Alaben conmigo al Señor! Entretanto, el telégrafo había llevado a nuestra casa la consternadora noticia: "Nuestro hijo muere", cubriendo el corazón de la familia de tristeza y luto. Al día siguiente, sin embargo, un segundo telegrama les anunciaba: "Nuestro hijo vivirá y está feliz en Cristo", Y al luto y a la tristeza sucedieron la alegría y el júbilo. Ahora vive, rodeado de honra y prosperidad, como miembro de la iglesia de Cristo y padre de una familia feliz; dedica todo su tiempo al servicio de su Creador. Este caso me resultó útil también a mí, ya que me hizo mejor hombre y mejor siervo de Cristo. Nunca olvidaré la lección que mi hijo me dio con aquellas palabras: "Dímelo claramente para que pueda comprenderlo". Esa frase fue la base de muchos de mis sermones, Y Dios los coronó de éxito.-Un pastor.

¡BISA, CUÉNTANOS UNA HISTORIA DE OSOS!

Kenneth y Dorothy eran dos primitas que vivían en el Valle de San Joaquín, en el centro de California. Con frecuencia iban a visitar a la abuela, que vivía cerca, y a veces encontraban allí a la bisabuela, ya con sus noventa y cinco años de edad.

En una de esas visitas, cuando se encontraban en la acogedora sala de estar, alguien sugirió que la bisabuela contara una historia.

Entonces todos los niños apoyaron la idea:

— ¡Oh, sí! ¡Cuéntanos una historia de osos!

Todos se sentaron alrededor de la bisabuela, unos en sillas, otros en el suelo, y algunos en la falda de la abuela, para oír una historia que para la mayoría de los niños era la mejor de todas, la verdadera historia de un oso.

— Bien —dijo la abuela—, mi historia sucedió hace ochenta y cinco años, cuando era apenas una niñita y vivía muy lejos de aquí, en Canadá. Vivíamos en una casa de madera, y hacía mucho frío, especialmente en el invierno, ya que caía mucha nieve.

Relativamente cerca había un gran bosque de donde sacábamos madera, y los vecinos más cercanos estaban a varios kilómetros de distancia. No teníamos las ricas frutas y verduras que ustedes tienen aquí, en California; comíamos casi únicamente pan, leche, carne, y papas. Los hombres cazaban mucho para conseguir carne. Papá tenía un rifle y con frecuencia iba a cazar, trayendo a casa un venado, o una perdiz o algún otro animal, que todos nosotros apreciábamos mucho.

Recuerdo que cierta mañana de pleno invierno papá salió con sus largas raquetas (zapatos) para nieve, acompañado apenas por su perro. Mi hermana y yo quedamos en la puerta, acompañándolos con la mirada hasta perderlos de vista a lo lejos, en el inmenso bosque.

Por la noche, al llegar a casa, papá nos contó sus aventuras de aquel día.

El perro había corrido delante, para arrinconar algún animal con el objeto de que papá lo pudiera matar; sin embargo, daba la impresión de que todos los animales parecían estar alertas. Todas las ardillas y hasta las pequeñas aves huían rápidamente, tratando de escapar de la muerte.

Finalmente, el perro fue atraído por algo que estaba debajo de un viejo tronco hueco, y se puso a ladrar y ladrar, como pidiéndole que saliera afuera. Papá fue a ver por qué estaba tan alborotado.

Entonces vio en el suelo un hueco y oyó un ruidito que parecía venir de adentro.

Papá buscó una vara larga, le puso un gancho en la punta, y la introdujo en el hueco. ¿Qué piensan ustedes que salió de allí? Un oseño, recién nacido, acabando de abrir los ojos. Papá pensó, entonces, que debía llevar el oseño a casa como una mascota para sus dos hijitas.

Colocó el oseño dentro de su capote, para conservarlo calentito, y al llegar a casa llamó:

"_ ¡Cinda! ¡Ann! ¡Vengan de prisa para ver lo que tengo dentro de mi capote!"

Nos sentimos muy contentas, porque no teníamos muchos animalitos ni juguetes.

Le dimos leche, y preparamos una caja para que durmiera frente a la estufa, donde se sentiría siempre calentito. Pero de noche, cuando el fuego estaba ya casi apagado, el animalito sintió frío y comenzó a lamentarse por la falta de la madre. Cinda y yo, que no estábamos acostumbradas a ese ruido durante la noche, nos despertamos. Sentimos tanta pena por el oso que nos levantamos y lo llevamos a nuestra cama.

Pasaron los días y las semanas, y nuestro compañero crecía rápidamente. Jugaba con nosotras, y nosotras con él, y le pusimos Jack como nombre. Era muy listo, como lo son los oseños. Cuando cumplió un año tenía ya un buen tamaño, y era peludo y rudo, tan rudo que a nosotras, las niñas, nos daba miedo jugar con él; pero los muchachos del vecindario venían a hacerlo, fuera del agujero donde acostumbraba dormir semanas enteras, chupando su pata.

Ellos encontraban gracioso cuando el oso se enojaba y trataba de morderlos. Papá lo mantenía atado con una cadena, para que no hiriera a nadie.

Un día oímos un gran ruido en el cuarto donde se guardaba harina, el azúcar y otras cosas; y cuando mamá fue a ver, ¿qué creen ustedes que encontró? El malcriado oso había trepado al tejado de la casa, y había entrado por una ventana, y todo feliz, estaba arañando y royendo el barril de azúcar.

Como estaba decidido a no salir, mamá tomó una vara larga (pienso que era un cabo de escoba) y la introdujo en la garganta del oso. Finalmente safio, pero se enojó tanto que disparó al matorral, donde permaneció durante varios días. Se comportaba igual que algunos niños, ¿verdad?

Jack vivió con nosotros aproximadamente tres años, y entonces papá y mamá creyeron que incomodaba mucho y, por eso, lo vendieron por diez dólares a un circo; pero nosotras quedamos realmente tristes cuando nuestro Jack se fue de casa.

Blanco Como la Nieve

Por Lucifte Clemenson

ROBERTO y su hermana Susana estaban sentados en el piso de la sala. Roberto tenía sus lápices de colores y un libro de colorear. Susana tenía también el suyo y algunos lápices de colores.

—¡Mira! ¡Mira! —dijo Susana y levantó su libro de colorear para que Roberto lo viera—. Mira que flor bonita. Susana la hizo.

Roberto miró el cuadro y frunció el entrecejo.

—Esa no es una flor bonita. Usaste un lápiz verde. Las flores no son verdes. Las hojas y los tallos son verdes. Tú no pintas lindo. Tu flor no es linda.

Susana casi se echó a llorar.

—¡Es tan linda! ¡Es una flor linda! -dijo.

—No es linda. No es nada linda. Es fea —le respondió Roberto—. Tú eres muy chica para pintar cuadros lindos. Mira mi flor. Mi flor es roja. Yo la pinté muy bonito —y Roberto le mostró su cuadro.

—Susana puede hacer una linda flor roja —dijo la niñita y dio vuelta la página para buscar otra flor—. Susana pintará una linda flor roja.

Susana buscó su lápiz rojo.

—¿Es éste rojo? —le preguntó a Roberto mostrándole uno de sus lápices.

—No, ése no es rojo; es rosado —contestó Roberto disgustado, porque no quería que su hermanita lo molestara.

—¿Es éste rojo? —preguntó Susana levantando otro lápiz.

—No, no, Susana, ése no es rojo. Ese es anaranjado.

¿Dónde está mi lápiz rojo? —Susana buscó entre sus lápices. Su lápiz rojo no estaba.

—Roberto, el lápiz rojo no está aquí. Déjame usar el tuyo.

—No, tú eres muy chica para usar mis lápices. Los puedes romper. No puedes usar mi lápiz rojo.

Y Roberto comenzó a juntar sus lápices y guardarlos.

—No los romperé —prometió Susana, pero Roberto guardó todos sus lápices en la caja.

Susana se puso a llorar. Luego extendió la mano y tomó la caja de lápices de Roberto. Al hacerlo, los lápices salieron de la caja y se esparcieron por el suelo.

—¡Mira lo que hiciste! —se quejó Roberto y empujó a Susana. Susana se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con la esquina de la biblioteca.

En eso la madre entró para ver qué era todo ese alboroto.



—Ella me quitó los lápices —explicó Roberto.

—Roberto es malo —sollozó Susana—. Roberto no me deja usar el lápiz rojo. Yo quiero hacer una flor linda como la de Roberto.

La mamá se sentó y puso a Susana en su regazo. Con el brazo rodeó a Roberto. Pronto los dos le contaron lo que habla ocurrido. Entonces la mamá palpó la cabeza de Susana. Tenía un chichón en el lugar donde se había golpeado contra la biblioteca cuando Roberto la había empujado.

—Perdóname, Susana —dijo Roberto—. Te mostraré cómo usar mi lápiz rojo.

Pronto Roberto y Susana jugaban muy felices de nuevo, pero durante todo el día Susana tuvo el chichón en la cabeza. Eso le recordaba a Roberto cuán rudo había sido.

Esa noche Roberto le pidió a Jesús que lo perdonara por haber sido rudo con su hermanita, pero a la mañana siguiente ésta todavía tenía el chichón en la cabeza.

—Mamá, le pedí a Jesús que me perdonara, pero Susana todavía tiene el chichón en la cabeza, que le duele —dijo muy triste.

—Ven aquí, Roberto y mira afuera. Quiero que veas algo —le dijo la madre, sonriendo, mientras corría las cortinas.

— ¡Oh! —exclamó Roberto—. Anoche nevó.

—Sí, y ¿dónde está el suelo barroso que rodeaba la casa? Ayer estaba allí.

—Se ha ido —respondió Roberto.

—Está debajo de la nieve, completamente cubierto. Roberto, Jesús hace lo mismo con nuestros pecados. Ellos cubre completamente. Cuando le pedimos que los perdone, los cubre, y no los recuerda más.

Roberto se quedó pensando y luego miró a la mamá.

—Jesús cubrió mi mal proceder con Susana cuando le pedí que me perdonara, así como la nieve cubrió el patio cubierto de lodo. Ahora ya no podemos verlo.

—Es así, hijo. Tus pecados se vuelven blancos como la nieve cuando le pides a Jesús que te perdone. Es cierto, Roberto, que tu hermanita todavía tiene el chichón en la cabeza, pero Jesús ya perdonó tu mal proceder. ¿No te alegras de que Jesús sea tan bondadoso que perdone nuestros errores?

En ese momento Susana se acercó a Roberto y le dijo:

—Juega conmigo, Roberto —y tomándolo de la mano lo miró con una sonrisa.

Roberto miró a Susana y luego a su madre.

—Me alegro de que Jesús cubra mis pecados. Quiero siempre estar blanco y limpio como la nieve.

BOTAS VOLADORAS

Un grupo de soldados escoceses estaba estacionado en la isla de Malta. Mientras estaban allí, un soldado aceptó a Jesús como su Salvador. Estaba muy feliz con el cristianismo que acababa de conocer; aunque todo el resto de su regimiento lo hizo sufrir por esto. Uno de los sargentos era especialmente duro, y aprovechaba toda oportunidad posible para burlarse del pobre soldado.

Una noche, el sargento entró en la barraca y vio al soldado arrodillado al lado de su cama, orando.

-¡Qué tontería! -murmuró el sargento, mientras se quitaba las botas embarradas.

Tomando una de ellas, el sargento apuntó y se la arrojó al soldado. La bota le pegó en la cabeza. Los demás soldados se rieron por lo bajo. El sargento tomó la otra bota y la hizo volar hasta el otro lado de la barraca.

La bota nuevamente pegó en el blanco, y cayó al lado del soldado. Este sencillamente siguió orando.

A la mañana siguiente, cuando el sargento se despertó, encontró sus botas alineadas prolijamente a los pies de su cama. Ya no estaban embarradas. En lugar de eso, estaban limpias y lustradas. Inmediatamente el sargento lamentó lo que había hecho, y quiso conocer más acerca de la nueva fe del soldado. Luego de pasar tiempo conversando con él y estudiando la Biblia, el sargento también aceptó a Jesús como su Salvador.

El soldado sabía que dos errores no se transforman en algo bueno. En lugar de responder negativamente a la agresión de las botas voladoras, encontró una manera de compartir el amor de Dios. Como resultado, el hombre más duro del regimiento se convirtió en un compañero cristiano. “No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; más bien, bendigan, porque para esto fueron llamados, para heredar una bendición”.

Por Helen Lee Robinson

BRILLO BARATO

El general y sus hombres bajaron del barco llevando puñados de collares, brazaletes y anillos que habían traído consigo. Las joyas se veían resplandecientes bajo el reflejo de la luz del sol. Su brillo inmediatamente llamó la atención de los isleños. Hablaron entre ellos, mientras hacían exclamaciones de admiración ante las gemas.

Con la ayuda de un intérprete, el general les dijo:

-Nos gustaría hacer negocios con ustedes. A cambio de trabajo, les daremos esto. ¿Les interesa?

Los isleños asintieron con movimientos de cabeza. Después de un poco de discusión, ellos y los visitantes llegaron a un acuerdo: los isleños realizarían una cantidad de tareas, a cambio de las joyas.

¿Quiénes salieron más beneficiados? En realidad, los collares, los brazaletes y los anillos no eran de piedras preciosas. Más bien, eran baratijas, meras imitaciones de las verdaderas. Pero, los isleños no conocían la diferencia, y trabajaron de buena gana a fin de obtener esas baratijas.

Aunque podemos pensar que los isleños fueron un poco tontos, tú y yo hacemos lo mismo hoy: cambiamos nuestro tiempo y energía por baratijas. Este mundo nos pone delante de los ojos mucho brillo y glamour.

Dinero, popularidad y placeres, todos prometen traernos felicidad.

Pero ¿estás dispuesto a cambiar las riquezas eternas del cielo por simples imitaciones de lo verdadero?

¿Hay imitaciones baratas en tu vida? “Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra”.

Por Helen Lee Robinson

BROMAS DAÑINAS

Por **FERN GIBSON BABCOCK**

- ¡ESE muchacho sí que tiene mal genio! -explotó Ricardo al abandonar el patio de juegos en dirección a su casa-. Ese Donaldo Gutiérrez es el muchacho más malo de la escuela.

-De veras -afirmó Gualterio-. Nunca he visto un muchacho tan camorrero como él. Esta mañana venía por el corredor pegando con su portafolio a todos los que pasaban a su lado, y cuando le dije que se cuidara de hacerlo conmigo, refunfuñó: "¡Cállate, tonto!" y me tiró al suelo los libros que tenía sobre el pupitre. Yo lo hubiera arreglado si la Srta. Bryan no hubiera entrado en ese momento.

-Y eso no es todo -añadió Ricardo-. En la hora del recreo se acercó por detrás a Susana, que estaba tomando agua en el bebedero, y le apretó la cara contra la fuente, cortándole el labio. Ella se mostró muy valiente, pero yo sé que eso duele. Me gustaría acomodar a ese tipo..., te aseguro que lo haría.

Discutiendo todavía el asunto los muchachos llegaron a la bifurcación de sus caminos, y se separaron. Enrique entró saltando en la casa. Arrojando sus libros sobre el sofá, gritó:

-¿Mamá? ¡Llegué!

-Hola, querido -lo saludó su madre-. ¿Cómo te fue hoy en la escuela?

-Bastante bien -respondió Enrique sentándose en la silla alta de la cocina-. Pero ese Donaldo Gutiérrez hace enojar a todos porque es tan malo. Siempre está pateando o empujando o haciendo cosas por el estilo. En el recreo le pegó a un muchacho que le sacó la pelota, y la señorita Bryan lo mandó al aula. Luego empezó a pelearse en el baño, y cuando estábamos listos para salir de la escuela, me hizo una zancadilla en la escalera, me pelé la rodilla. ¿Por qué es tan malo ese muchacho, mamá?

-Bueno, Enrique -respondió la madre pensativa-, creo que puede deberse a varias razones, pero yo tengo mis propias ideas al respecto. ¿Te conté alguna vez acerca de Baby, el mono que yo tenía en África cuando era niña?

-No, mamá. Tú me contaste de Jojo, pero no sabía que tenías dos monos.

-Sí, yo tenía dos, pero primero tuve a Baby. Había un africano alto que acarreaba la madera para las casas de la misión que tu abuelo construía, y cada vez que venía con la madera nos traía una gran bolsa de ananás. Yo sabía que él buscaba la madera en las montañas del norte, donde había muchos animales salvajes.

Un día, cuando vino a traernos los ananás, le dije:

"-Sr. Bokari.¿ ve Ud. alguna vez monos por allá en las montañas?

"- Oh, sí! -respondió sonriente-. Hay muchos por allí.

"-Si Ud. ve uno chiquito, y puede agarrarlo, ¿me lo traería?"

-El hombre grande se rió -continuó diciendo la madre de Enrique.

"-Probablemente alguna vez pueda hacerlo -replicó y se fue".

-Pasaron los meses y yo me olvidé completamente de mi pedido. El Sr. Bokari también parecía haberlo olvidado, porque volvió varias veces y trajo ananás pero nunca mencionó para nada los monos.

"Un día alguien llamó a la puerta, y corrí a atender. Abrí la puerta, y algo me saltó a la cara. Grité, y mamá acudió corriendo. No pude ver lo que era, porque me cubría los ojos. Mamá se rió y retiró una de las patas que me tapaba los ojos, para que pudiera ver, y luego me condujo frente al espejo. Allí, colgado de mi cara había uno de los monitos más lindos que jamás hubiera visto. Con una pata me tapaba la boca, con otra el oído, con otra se sostenía de la nariz, y con la otra se sostenía de mi cabello. Lloraba lastimosamente, y su blanca y peluda naricita sobresalía de su carita negra.

"Lo descolgué y lo sostuve en mis brazos mientras el Sr. Bokari me decía que no estaba seguro de que el mono viviría porque sólo tenía una semana cuando lo agarró. Un cazador había matado a la madre, y desde entonces el monito no había tenido ningún alimento. Había viajado durante los últimos cinco días. Me apresuré a calentar leche para mi nuevo bebé, ¡y cómo la bebió! Luego se arrolló y bostezó como lo



hubiera hecho un verdadero bebé, y se durmió.

"Desde entonces Baby y yo estábamos siempre juntos excepto durante la noche: porque mi mamá insistió en que no debía llevarlo a la cama. Bajo la barbilla tenía una especie de bolsita y cuando encontraba algún dije bonito y brillante, lo ponía en su bolsita para jugar más tarde con él. Cuando mamá necesitaba su dedal o queríamos jugar a las bolitas, teníamos que agarrar a Baby y apretarle su bolsita hasta que dejaba salir su contenido. Entonces Baby charlotteaba y hacía una gran alharaca tratando de recobrar las cosas que había escupido. Era amigable y amoroso con todos excepto con las gallinas a quienes se deleitaba en tironearle las plumas de la cola cuando se le acercaban.

"Cuando estábamos por volver a nuestra patria en goce de licencia, comencé a afligirme por Baby. Quería llevarlo conmigo, pero debido a las leyes de aduana íbamos a meternos en muchos problemas y gastos por sólo seis meses. De manera que dejé a Baby con otra familia de la misión que vivía en una escuela preparatoria, y le pedí que lo cuidaran bien.

"Esta familia no tenía hijos que jugaran con Baby, pero el muchacho que los ayudaba en la casa le daba de comer. El y sus amigos pasaban todos los días junto a la jaula de Baby cuando iban a la escuela y volvían de ella. Golpeaban la jaula, y Baby se acercaba a la puerta pidiendo que lo sacaran y lo acariciaran. Pero los muchachos sólo se reían y le hacían muecas.

"Pronto Baby comenzó a chillarles cuando pasaban cerca, y ellos empezaron a molestarlo con palos, o a golpearle la jaula, sólo para hacerlo enojar. Les parecía una gran diversión ofrecerle una banana y luego quitársela en el momento en que estaba por morderla. Para deleite suyo, el mono gritaba y sacudía los barrotes de la jaula y corría enfurecido de un lado a otro. Después de un tiempo Baby se volvió tan malhumorado y malo que nadie se atrevía a acercarse a la jaula. Dos muchachos que se atrevieron a hacerlo, fueron mordidos.

"Seis meses más tarde volvimos. Estaba ansiosa de ver a mi animal favorito. Corrí a la jaula y la abrí, pero me detuve sorprendida. Baby me chilló desde la puerta mostrándome los dientes, y de repente me saltó arriba y me mordió. No sé qué fue lo que más me dolió si el mordiscón o el sentimiento de que Baby no me quería más. Le di una palmada bien dada, y comencé a hablarle en una voz suave y bondadosa. Cuando finalmente me recordó, comenzó a llorar y a gimotear y se enroscó a mis pies. Lo levanté y empecé a acariciarlo, pero en ese momento uno de los alumnos pasó por allí y él gritó y trató de alcanzarlo corriendo tras él hasta donde le permitió la cadena.

"Baby nunca llegó a ser el mismo otra vez. Al fin mordía a cualquiera sin razón alguna. Con tantos visitantes que llegaban a la misión, no querían tener por más tiempo un mono tan malo, y finalmente se lo vendimos a un africano que vivía en la selva. "Desde entonces a menudo he pensado en Baby y en los muchachos desconsiderados que convirtieron a un mono bondadoso y amable en un mono malo y malhumorado. Y siempre que veo un niño como Donald, que parece tan malo como era Baby, creo que alguna vez fue bueno y bondadoso. Tal vez los niños lo han vuelto así con sus bromas. ¿Le has hecho bromas tú alguna vez?"

-Bueno -dijo lentamente Enrique-, a veces antes de empezar las clases de la mañana le ponemos motes, pero es jugando, para que nos corra.

-Los muchachos que molestaban a Baby también sólo lo hacían por broma, Ricardo. Cuando Uds. juegan ese juego, ¿hay otros muchachos que también persiguen a los demás? ¿O sólo a Donald le toca perseguir?"

-Sí, él es el que persigue siempre, pero parece que le gusta.

- ¡Oh! ... -dijo comprensivamente la madre-. ¿Qué nombres le ponen?"

-¡Oh, mamá! Lo llamamos "cabeza de zapallo", "bobo" y "zoquete"... cualquier cosa que lo incite a perseguirnos. Pero no lo decimos en serio. No estamos más que bromeando.

-Bueno, ¿te gustaría que un grupo de muchachos que no jugara contigo a menos que actuaras como un matón y los persiguieras te pusiera motes semejantes todas las mañanas?"

-No -admitió Enrique-. Creo que no.

-¿No crees -continuó la madre-, que podrías volverte malo y malhumorado como Baby, cuando lo molestaron, si nadie se mostrara amigable o bondadoso contigo?"

-Supongo que sí.

La madre miró a su hijo seriamente.

-Entonces, si yo estuviera en tu lugar, ayudaría a suspender las bromas antes de que Donald se vuelva malo para siempre, y procuraría encontrar lo mejor que hay en él, oculto bajo esa aparente maldad.

-Muy bien, mamá -prometió Enrique-. Procuraré hacerlo. ¡Pero no te sorprendas si llego a casa con un ojo negro! -Y ésa fue la razón por la cual los maestros de la escuela primaria de iglesia comenzaron a notar un cambio en el comportamiento de los muchachos del aula del quinto y sexto grados. Y se maravillaron al ver la diferencia que se estaba operando en la conducta de Donaldo Gutiérrez, que parecía emerger de esa racha mala y volverse un muchacho bastante agradable.

BUD, EL MONO MASCOTA

La primera vez que lo vi era apenas un monito muy asustado, que estaba en el fondo de un bote a remos, de esos inmundos botes que los nativos usan para ir al encuentro de todos los barcos que llegan al puerto. En ese bote, dos árabes estaban intentando vender a los soldados australianos baratijas, curiosidades y dulces de apariencia dudosa. De repente, uno de los soldados gritó:

— ¿Y ese monito ahí, cuánto vale?

Pronto el monito, con el precio fijado, fue levantado por un árabe jugueteón para que los posibles compradores lo vieran mejor.

Entonces, los soldados, arriba, en la cubierta del barco, comenzaron a regatear para que los árabes bajasen el precio del mono. Luego, desde allí arriba, alguien gritó:

— ¡Pongan el monito en un cesto!

Y allá fue el cesto de bambú atado a una cuerda que habían arrojado del barco. Así, el amedrentado monito pasó a las manos de sus nuevos dueños y comenzó una vida de aventuras.

Los soldados le pusieron el nombre de Bud.

Conozco a Bud desde que "entró en el regimiento". Allí creció y se transformó en un hermoso mono, no muy grande, pero con miembros fuertes, cuerpo sano y un anillo de pelos bien blanquitos alrededor del rostro. Aunque a veces era malvado y desobediente, por lo general era un caballero y el más encantador animalito que se pueda imaginar. Aprendió en una escuela dura, pues los soldados con los cuales vivía eran grandotes, tenían las manos pesadas y nunca vacilaban en usarlas. Con todo, no pudo haber encontrado un mejor hogar, pues nada le faltaba y casi todos eran sus camaradas.

Hasta entonces, Bud había vivido en un barco carguero en Egipto, y disfrutaba de un clima realmente apropiado para los monos: sol y calor. Pero cuando los soldados lo llevaron a su cuartel en Europa, los días cenicientos y el frío intenso del norte de Francia y Bélgica disminuyeron la vivacidad de Bud y de sus compañeros. Dos soldados hicieron una casita para que se abrigara, forrada con una caliente alfombra de piel, y con una puerta que podía cerrar por dentro. Bud pasó un día entero abriendo y cerrando la puerta y jugando sólo a las escondidas.

Luego, el frío se hizo tan intenso, aun en su refugio, que Bud quedó un día o dos sentado, temblando, a la puerta de su "casita", como pensando, pensando... Entonces se le ocurrió uno de los planes más inteligentes que un animal jamás haya ideado.

Un cachorrito, marrón y blanco, vagaba cerca de los establos.

El perrito apenas había comenzado a caminar firme. Bud entonces pensó que un cachorrito era justamente lo que él quería, de modo que salió corriendo y se adueñó del cachorro.

Después de limpiar cuidadosamente su presa, Bud la colocó en el abrigo calentito y, colocándose a la puerta, se puso a 'conversar' animadamente con él. El cachorrito se resistió con todassus fuerzas a que lo limpiara, pero Bud con toda calma lo dominó con algunas palmadas.

A continuación, Bud quedó muy preocupado pensando qué podría hacer para conservar a su prisionero en casa, y con una paciencia fuera de lo común para un animal que piensa poco, consiguió finalmente convencer al animalito, que era su nueva "bolsa de agua caliente", que era más saludable estar dentro de casa mientras su 'jefe' salía a trabajar.

Finalmente, contento porque todo estaría bien en casa, Bud salió y fue a la cocina del cuartel, donde consiguió huesos y carne para su recién encontrado compañero. Desde aquel día en adelante, y hasta llegar el verano, el mono y el cachorrito no se separaron. ¡Y cómo se divertían los soldados con ellos! Bud consiguió comida para el cachorro, teniendo generalmente el buen sentido de traerle huesos; pero a veces traía algo para saborear él mismo, naranjas, por ejemplo, y hacía que el perrito las comiera también. Era realmente muy divertido ver a Bud cuidando del cachorrito durante una caminata, o dándole vuelta de un lado al otro para sacarle el barro y limpiarlo cuidadosamente antes de dejarlo entrar en su refugio.

El cachorro se desarrolló bien, engordó y rápidamente descubrió que si se comportaba bien, sería cuidado y alimentado por su extraño dueño; pero tenía que ir a la cama y ser acariciado cuando Bud sentía frío. De ese modo, Bud, el mono inteligente, logró soportar aquel invierno que fue muy riguroso para otros monos-mascota; después, cuando caía la primera helada, Bud salía en busca de algún cachorrito gordinflón

para pasar con él el frío invierno. Una vez, sin embargo, se equivocó rotundamente, escogiendo un cachorrito que creció demasiado rápidamente y casi lo echa fuera.